

Título: Heredia en la historiografía romántico nacionalista: Apuntes para entender su obra historiográfica

Dra. en Ciencias Históricas Onoria Céspedes Argote

onoces@gmail.com

Universidad Autónoma del Estado de México

Recepción: 8 de octubre de 2022

Aceptación: 17 de noviembre de 2022

Publicación: 15 de enero de 2023

Resumen

La labor historiográfica del destacado intelectual y patriota cubano-mexicano José María Heredia y Heredia es una faceta poco explorada y divulgada de su amplia obra. Reconocido como el iniciador del romanticismo en Hispanoamérica y uno de los más sobresalientes humanistas del siglo XIX, el Cantor del Niágara trascendió en su tiempo como legislador, político, periodista, novelista, militar, dramaturgo, traductor, editor y profesor, aunque su labor como historiador ha sido subvalorada y no ha recibido la suficiente atención. En virtud de lo anterior el presente trabajo se propuso como objetivo: Rescatar las concepciones y aportaciones de José María Heredia a la Historia, mediante el análisis de algunas referencias históricas que aparecen en su producción literaria y también en sus discursos, artículos y comentarios en la prensa periódica de México.

Se concluye que la obra de Heredia realizó significativos aportes a la historiografía latinoamericana, distinguiéndose por su íntima vinculación con los proyectos nacionales, cuando todavía estaba en construcción una nueva conciencia histórica. Desde el punto de vista sociopolítico se expresó en exaltar la gesta libertadora y a las nacientes repúblicas, entendidas no solo como un



concepto jurídico político, sino también como síntesis de valores intelectuales y de una nueva sensibilidad.

Palabras clave: José María Heredia y Heredia, historiografía romántico nacionalista, historiografía latinoamericana

Title: Heredia in nationalist romantic historiography: Notes to understand his historiographical work

Abstract:

The historiographical work of the prominent Cuban-Mexican intellectual and patriot José María Heredia y Heredia is a side of his extensive work that has been little explored and disseminated. Recognized as the initiator of romanticism in Latin America and one of the most outstanding humanists of the 19th century, the Niagara Singer transcended in his time as a legislator, politician, journalist, novelist, soldier, playwright, translator, editor and teacher, although his work as historian has been undervalued and has not received enough attention. By virtue of the above, the present work proposed as objective: To rescue the conceptions and contributions of José María Heredia to History, through the analysis of some historical references that appear in his literary production and also in his speeches, articles and comments in the periodical press of Mexico.

It is concluded that Heredia's work made significant contributions to Latin American historiography, distinguished by its close connection with national projects, when a new historical consciousness was still under construction. From the sociopolitical point of view, it expressed itself in exalting the liberating feat and the nascent republics, understood not only as a political legal concept, but also as a synthesis of intellectual values and a new sensibility.

Key words: José María Heredia y Heredia, nationalist romantic historiography, Latin American historiography

Introducción

A ningún hombre pensador se le escapa la importancia de estudiar la historia que ilustra la moral y la política con los resultados inmensos de la experiencia [sic] de los siglos anteriores. Este ramo de estudio, que interesando la curiosidad que une a la utilidad y el agrado, es aún más necesario en un país constituido bajo el sistema republicano federal, donde los ciudadanos según sus talentos y virtudes tienen más o menos probabilidades de influir en los negocios públicos, y ocupar los primeros puestos del estado.

José María Heredia y Heredia

José María Heredia y Heredia (Santiago de Cuba, 1803-Ciudad de México, 1839, es considerado el iniciador del romanticismo en lengua española, pionero en cantar a las palmas, al mar y a la exuberante naturaleza de su isla natal. La trascendental obra que legó lo ubica entre los humanistas latinoamericanos más destacados de la primera mitad del siglo XIX junto al venezolano Andrés Bello López (Caracas, 29 de noviembre de 1781-Santiago de Chile, 15 de octubre de 1865) y el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (Guayaquil, 20 de marzo de 1780 -19 de febrero de 1847).

Desplegó una amplia actividad creativa, con obras fundacionales en varias manifestaciones del saber humano, al desempeñar diversos cargos y oficios,



como poeta, jurista, magistrado, diputado, periodista, historiador, dramaturgo, editor, crítico literario, bibliotecario, militar, traductor, profesor, director y rector del Instituto Literario del Estado de México, antecedente de la actual Universidad Autónoma del Estado de México.

La dispersión de su obra en archivos y bibliotecas de México, Cuba y otras latitudes hace que muchos de sus aportes y facetas de su obra no se le haya prestado la atención que amerita y una de las menos conocidas y subvaloradas de este verdadero polígrafo cubano fue su labor como historiador. La principal muestra de ello se encuentra en sus *Lecciones de Historia Universal*, en cuatro tomos publicada entre 1831 y 1832 en Toluca y que reeditamos en edición facsimilar en año 2013 con Instituto Superior de Estudios de la Educación del Estado de México (ISCEN) en coedición con la Biblioteca Nacional de Cuba.

Sobre Heredia como poeta y patriota se han publicado diferentes trabajos y libros, pero ninguno de ellos está dedicado en específico al tema de su labor historiográfica, y al análisis de su imaginario histórico, o sobre sus contribuciones a su estudio y divulgación, salvo alusiones de pasada, por lo general de poca importancia y rigor.

Tampoco existen estudios sobre el proyecto de difusión histórica herediano y casi son inexistentes los análisis valorativos de su obra historiográfica, dirigidos a propiciar en nuestra América una forma de expresión propia, al culminar el proceso emancipador en 1826 y el consiguiente surgimiento de los nuevos estados.

Aunque su quehacer y contribuciones literarias gozan de amplio reconocimiento nacional e internacional, no ocurre igual con su desempeño en el oficio de historiador, cuya obra es prácticamente desconocida por el público y los especialistas.

El objetivo del presente artículo es mostrar el resultado de la investigación que hemos desarrollado a través de la revisión y análisis bibliográfico, hemerográfico y documental relacionada con el quehacer de la multifacética obra herediana

que ponen de manifiesto que el estudio y difusión de la historia estuvo en el centro del proyecto político pedagógico que desarrolló Heredia y Heredia durante su estancia en la ciudad de Toluca, constituyendo un primer acercamiento a esta temática de investigación

El amplio rastreo desarrollado durante el proceso investigativo permite afirmar que no existen investigaciones sobre la influencia de la Historia en la vida y obra de Heredia, y mucho menos sobre su labor de historiador,

Sus aportes a la historiografía y la presencia de temas históricos desde sus primeras composiciones poéticas y literarias se han analizado hasta ahora separados de las creaciones de los distintos géneros que cultivó y no como parte de un proyecto para la formación humanista y cultural, presente en todo su quehacer. Su fe en el mejoramiento y transformación del ser humano, sus análisis de las responsabilidades de cada generación en la sociedad, le permitió vincular su trabajo al desarrollo cultural de distintas generaciones y públicos, definiendo la utilidad y necesidad del conocimiento histórico tanto nacional, regional como universal, para un pleno crecimiento de la sociedad.

Desarrollo

José María Heredia (Santiago de Cuba 1803- Ciudad de México 1839) pudo desplegar en Toluca sus ideas para el desarrollo político, cultural y educativo, que consideró un amplio proyecto de superación y liberación mental y cultural, fundamentado en la Historia y encaminado a la forja de una sólida conciencia nacional en las nuevas republicas. Manifestaciones de ello pueden encontrarse en toda su valiosa obra poética de temas históricos o alusivos a ella, así como en muchos de sus textos en prosa, semblanzas biográficas, discursos y, traducciones, además de su labor bibliográfica, de difusión y crítica historiográfica. En su creativo periodismo cultural aparecen reflejados importantes hitos de la evolución política y sociocultural de la humanidad, centrada en la universalidad del ser humano, con énfasis en la historia americana y sus vínculos extracontinentales.

Sus constantes analogías a la historia de Grecia y Roma como su obra de teatro Atreo o su postrera tragedia en tres actos Los últimos romanos, son también ejemplos de su base cultural y objetivos dirigidos a exaltar la libertad y condenar la tiranía. Su formación histórica tiene mucho que ver también con los rasgos mencionados por la especialista mexicana Virginia Guedea (1997) para caracterizar a la primera generación de historiadores del México independiente:

Así, todos ellos se educaron dentro de las ideas de la Ilustración, y en muchos de sus escritos quedó registro de su credo ilustrado. Tuvieron, también, una misma formación religiosa, la que igualmente dejó huella en sus obras. Pertenecieron, además, a un determinado grupo social y se desarrollaron en el mismo ambiente. Por último, todos vivieron la guerra de independencia (p. 18).

Valorado como iniciador del romanticismo literario en nuestro idioma, Heredia puede ser considerado además como representante de una novedosa corriente historiográfica latinoamericana que Sergio Guerra Vilaboy ha denominado romántico nacionalista, en la que ubica autores como el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, al guatemalteco Manuel Montúfar y el venezolano Manuel Palacio Fajardo, entre otros. Para Guerra (2009), siguiendo el ejemplo de los ilustrados criollos del XVIII, buscaron los cimientos de las nuevas naciones en el pasado prehispánico y en ciertos elementos de la historiografía romántica europea. Y añade en su análisis:

[...] el nacimiento de una expresión historiográfica propia debió esperar a la culminación del proceso emancipador en 1826 y la consiguiente formación de los nuevos estados. En este sentido podemos considerar que la primera generación de historiadores propiamente latinoamericanos [...] surgió con las repúblicas independientes (o el imperio en el caso brasileño) y se configuró como una novedosa corriente historiográfica impactada por el romanticismo europeo -en particular la teoría del color local, adaptada para glorificar a los héroes de la independencia-, que se encargó de elaborar las primeras historias nacionales de los recién

constituidos estados latinoamericanos desde una perspectiva que exaltaba los valores patrios.

A diferencia del paradigma de los historiadores románticos franceses de la Restauración, inclinados a la remodelación de épocas remotas conforme a la visión de su tiempo, la historiografía latinoamericana correspondiente se [sentía heredera directa (OCA)] de la lucha emancipadora, en la que algunos incluso habían participado, se atribuían el derecho a construir la historia con absoluta libertad. Así, se encargaron de elaborar las primeras historias de las repúblicas recién constituidas desde una perspectiva que recreaba ante todo la gesta independentista y los valores patrios, para contribuir a configurar una conciencia propiamente nacional. En otras palabras, el penoso proceso de formación de las nuevas naciones era también un esfuerzo sin precedentes de invención cultural, de reelaboración del imaginario (pp. 18-20).

Influenciada por estos valores en el orden estético y en muchos casos confundida con la literatura, el romanticismo en la historiografía latinoamericana se distinguió por su íntima vinculación con los proyectos nacionales, cuando todavía estaba en construcción una nueva conciencia histórica. Desde el punto de vista sociopolítico se expresó en exaltar la gesta libertadora y a las nacientes repúblicas, entendidas no solo como un concepto jurídico político, sino también como síntesis de valores intelectuales y de una nueva sensibilidad.

Los historiadores románticos hispanoamericanos, entre los cuales estaba Heredia, se alejaron de algún modo de sus modelos europeos, que habían puesto de moda obras dramáticas y novelas históricas que recreaban viejas leyendas, muchas de las cuales hurgaban en el medioevo para recrear viejos mitos provenientes de la cultura popular (Fontana, 1982), para hacer de los hechos y las grandes personalidades de la independencia los paradigmas de las nuevas generaciones. La especialista mexicana Josefina Zoraida Vázquez lo resume así:

El romanticismo decidió que era imposible analizar fríamente la historia; esta, por el contrario, debía arrebatarse, emocionar, por medio de largos relatos que resucitaran el pasado y le hicieran vivirlo al lector [...] tenía también como personajes principales [...] a las fuerzas espirituales que operando misteriosamente determinaban los acontecimientos. Era el genio del pueblo que se expresaba en los conceptos personificados de la nacionalidad, la fe religiosa, el arte nacional, etcétera (Vázquez, 1960, p. 3).

Hay que recordar en este análisis, que en la época de Heredia la historia todavía se consideraba parte de la literatura. Muchos historiadores eran entonces excelentes poetas y escritores de prosa, pues solo en la segunda mitad del siglo XIX fue que comenzó a diferenciarse la profesión con la aparición del positivismo y el cientificismo.

Buena parte de los rasgos que caracterizaron a la historiografía romántica hispanoamericana a principios del siglo XIX están presentes en la obra herediana dedicada a temas de la Historia Universal y de América, bajo el influjo del romanticismo social francés, idioma que manejaba a la perfección. Sin duda la obra de Heredia debe mucho a esta vertiente del movimiento intelectual romántico en la que Roger Picard (1947) ubica a historiadores y escritores sociales caracterizados por “[...] la imaginación, el lirismo, el espíritu filosófico, la creencia en el progreso, el amor a la humanidad, la fe en el pueblo y la piedad universal” (p. 208).

Los románticos sociales tenían un interés particular en la exaltación de los valores morales, el amor a la naturaleza y la afición por la historia. En especial, los románticos atraídos por el pasado sentían simpatía por una historia documentada y veraz que tuviera impacto en diferentes ámbitos del quehacer humano, tales como el teatro, la novela, el periodismo, la historiografía y la poesía (Ocampo, 2003). No obstante, como bien ha expresado Ángel Ocampo, había grandes diferencias entre esta corriente europea y su desarrollo en la América hispana:

El romanticismo latinoamericano, por su cuenta no sigue exactamente los derroteros anteriores; enfatiza y se dirige, no al anhelo de intimidad y soledad individual sino a la liberación de lo social en la que el individual tiene lugar.

Más que un desprecio -como en el caso europeo- este romanticismo constituye un lamento por la desastrosa y, sobre todo, confusa y caótica situación social. De alguna manera, está presente una pretensión para encontrar en la naturaleza la guía para comprender y transformar esa sociedad: la naturaleza como criterio heurístico, fuente de discernimiento (pp. 147-148).

Primeras expresiones patrióticas de Heredia y Heredia

La formación humanista de José María Heredia, procedente de los postulados de la Ilustración que regían la conducta de su progenitor, y los libros de cabecera de destacados enciclopedistas, lo prepararon para iniciarse en la creación cultural y la actividad política, influenciado por los procesos transformadores de su época. En particular, el profundo impacto de las luchas independentistas y muy en especial las experiencias vividas en Venezuela en el periodo de 1812 a 1817, a pesar de pertenecer a una familia realista. Hay que recordar que su padre, José Francisco Heredia, era funcionario de la Corona como oidor de la Audiencia de Caracas e incluso había escrito un libro en defensa de España: *Memorias sobre la Revoluciones de Venezuela* (1895), donde atacaba a los patriotas Como bien señala Ángel Augier (1993), todas estas circunstancias:

Acabaron de moldear la dúctil arcilla, el soplo vigoroso de la emancipación americana con su cálido aliento romántico, tan acorde con el ardor del temperamento del adolescente, y el rudo contraste entre los patriotas que enarbolaban la bandera de la independencia y los sanguinarios caudillos militares que se le oponían en nombre de España -Monteverde, Boves-, anatematizados en las primicias del bisoño poeta (pp. 172-173).

A esa etapa juvenil en Venezuela corresponden sus primeros sonetos, donde brotaron sus sentimientos iniciales sobre algunos de aquellos acontecimientos, acompañados de su sentida admiración por el paisaje de nuestra América. Ello era expresión de sus tempranas emociones de espontánea autoctonía, que

mostraban también muchos hijos de españoles al contemplar su entorno americano. Por este camino, y casi sin darse cuenta, fueron apareciendo en sus primeras obras, a veces en forma subliminal, la idea de patria relacionada con el lugar de nacimiento y residencia, aun cuando todavía como muchos otros criollos contemporáneos suyos se considerase español americano.

Durante su estancia en Venezuela compuso poemas en los que recreaba, entre otros temas, la envidia, la avaricia y, al mismo tiempo, ofrecía su temprana visión histórica y política, así como su profunda admiración por el paisaje que le rodeaba que fueron convirtiéndolo en un cantor de América. Entre esas primeras composiciones de pertenencia al mundo hispanoamericano pueden mencionarse su “Himno patriótico en la publicación del indulto real en Caracas el 13 de septiembre de 1817”, “Las ruinas de Mayquetía” y “Elegía. La salida de Caracas”.

En particular, este último poema revela sus sentimientos al despedirse de la capital venezolana, siendo todavía un adolescente, en diciembre de 1817, cuando ya Simón Bolívar y otros patriotas habían reiniciado la lucha emancipadora luego del fracaso de la II República de Venezuela (1813-1814). En las estrofas que siguen Heredia evocó su amor a esta tierra que fue su patria durante un tiempo, a la que ya considera suya, lamentando los sangrientos conflictos armados que la laceraban:

¡Oh, Caracas”, exclamó, “que de patria

Un tiempo me serviste, a Dios te queda!

Mi destino fatal, mi suerte infausta

Me obligaron a dejarte, pero siempre

Me acordare de ti, ¡Qué tus desgracias

¡Cesen, y seas feliz!

[...]

y marché precipitadamente

De aquel bello país que tanto amaba (Heredia, 1820).

En los cinco años en que vivió en Venezuela, el joven Heredia fue testigo excepcional del sangriento enfrentamiento de las tropas insurgentes contra el colonialismo español. A pesar del peso de la ideología paterna, comprendió de qué lado estaba la justicia, expresó también su admiración por las luchas libertarias del pueblo español contra la ocupación napoleónica, como hizo en su Oda España Libre. Publicada en un suelto en México en 1820 y en La Habana por El Indicador Constitucional, poco antes de su regreso a Cuba después de la muerte de su progenitor, la misma no fue incluida por su autor en las dos ediciones primigenias de sus textos.

Esa composición nos revela a un joven que ya usa el término de patria – posiblemente entendida como Hispanoamérica- para definirse y se confiesa admirador de la España liberal conmovida por la revolución de Riego. Esos versos comienzan con un epígrafe del poeta Manuel José Quintana: “Antes morir / Que consentir jamás ningún tirano” (Heredia, 1820, portada) y están dedicados al intelectual mexicano Emilio Rodríguez, al que escribe:

Querido amigo: la bella Oda de Ud. a la libertad Española me animó á componer esta, que me he permitido algunas imitaciones de la suya. Recíbalo Vd. Como una prueba de la amistad que le profesa Heredia, y de su exaltado amor á la libertad. ¡Podamos un día ofrecer á la Patria servicios reales en lugar de empalagos y estériles himnos! (Heredia, 1820, ...).

A esa etapa corresponde también su “Canción en la abolición del comercio de negros”, donde expresó su rechazo al mal trato y la crueldad de la inhumana trata de esclavos y celebró su abolición, la que atribuyó a Fernando VII. En realidad, esa disposición era resultado del tratado entre Inglaterra y España el 23 de noviembre de ese año, que daba un plazo a la Corona española para poner fin a la introducción de esclavos en las colonias hispanoamericanas. No obstante, en Cuba, con la complicidad de las autoridades peninsulares, se siguió el tráfico clandestino de africanos, lo que permitió la consolidación de la producción

azucarera destinada a Estados Unidos. Quizás desconociendo esos detalles, la poesía de Heredia expresó en una de sus partes:

De su trágico objeto el hombre ha sido

Exponiendo su vida

a do lleva el espanto,

el dolor, la tristeza, el luto y llanto.

Aquí una voz: ¡Oh negros desdichados

Ya vuestros males término ha tenido:

Ya no seréis del África arrancados:

Fernando libertaros ha querido! (Heredia, 1940, pp. 157).

Visión histórica en la labor intelectual herediana

Fue durante su primera estancia en México, en plena adolescencia, que dio a conocer en la prensa mexicana poemas de temática relacionada con el paisaje y la historia del Virreinato de Nueva España como “Popocatépetl” y “En el Teocalli de Cholula”. El título de este último se lo puso el propio Heredia en la segunda edición de sus poemas corregidos y aumentados que hiciera en 1832 en Toluca, pues en la primera edición de 1825, en Nueva York, lo había publicado como “Fragmentos descriptivos de un poema mexicano”.

En una versión inédita encontrada en la papelería herediana que resguarda la Biblioteca Nacional de Cuba, aparece con el nombre de “En la pirámide de Cholula”. Para el estudioso cubano Ángel Augier, estas obras marcan la “[...] transición desde la mentalidad liberal española formada por la severidad del juez criollo [su padre, OCA] hasta la plena asunción de la identidad americana que impuso la terca voluntad de la historia” (Augier, 1993, p. 72).

Según otros críticos, “En el Teocalli de Cholula” es el más perfecto de sus poemas, y constituye un verdadero canto a la historia y la identidad mexicana, tal como lo evalúa Emilio Carilla al señalar: “Creo -de acuerdo con Menéndez Pelayo, Chacón y Calvo, y muchos otros- que la poesía que nos da más acabadamente la dimensión de Heredia es En el teocalli de Cholula, tal como la leemos en su versión definitiva (la de 1832) (Carilla, 1979, p. 72).

Por su parte, José Lezama Lima (1966) lo consideró la llave mágica de un cubano para penetrar en el recuerdo imponente de los aztecas. Muchos especialistas coinciden en valorarlo como el primer poema romántico de habla hispana y “[...] un ejemplo, no muy común en la época, de elaboración literaria” (Carilla, 1979, p. 72),²¹ que aborda dos temas que serían constantes en toda su obra; la naturaleza y la historia. Para el propio Augier (1993) en estos versos:

[...] se perciben claves de la compleja personalidad del poeta; no solo como expresión individual, sino también de una nueva sensibilidad del hombre de esta parte de América, enfrentado a sus sueños redentores en una recién estrenada dimensión histórica que le planteaba conflictos nacidos de la cambiante realidad en que estaba inmerso. (p. 733)

La “nueva sensibilidad” a la que alude Augier no es otra cosa que el romanticismo, corriente literaria, a la que ya se ha hecho referencia, y en la que reconocidos especialistas otorgan a Heredia la condición de ser su primer exponente en el mundo hispanoamericano. En este sentido, se “[...] ha reconocido una primacía del poeta cubano con respecto al romanticismo español” (...), pues como anota Antonella Cancellier (2000), en esa composición encuentran elementos distintivos de esa modalidad literaria, entre ellos:

[...] los tópicos consagrados, temáticos y espirituales, que lo pueden colocar dentro de la estética romántica: la nostalgia y el amor a la libertad (casi toda su obra la escribe en el destierro), el profundo panteísmo, la meditación sobre las ruinas, el tema de la fugacidad, el espíritu rebelde, la simpatía por lo salvaje, etc. (p. 37).

Desde entonces se aprecia con mayor nitidez en la obra herediana la búsqueda de sus raíces en las civilizaciones originarias y la admiración por la naturaleza americana, mientras se aleja del neoclasicismo para imbuirse en la novedosa corriente romántica que desde fines del siglo XVIII se impone en distintas partes de Europa, sobre todo en Alemania, Inglaterra y Francia, esta última la de mayor incidencia en la producción poética del bardo cubano. A ese proceso también contribuyeron sus profusas lecturas y traducciones de libros europeos, entre ellos las novelas históricas románticas de Walter Scott, consideradas paradigmáticas de esta corriente en el llamado Viejo Mundo, y a quien dedicó un artículo en *Miscelánea* en marzo de 1832 sobre el papel de ese género literario en la formación de las naciones:

La vida de las naciones fue en principio heroica y mitológica. Cuando se formaba la sociedad, estaban presentes siempre los dioses á aquellas imaginaciones ardientes y crédulas, y la intervención de seres sobrenaturales debió mezclarse á las narraciones de los hechos sublimes y de las hazañas realizadas por los hombres. La epopeya de Homero es la novela de la antigüedad. El hombre ayudado por una industria naciente, y en la lucha con la naturaleza, aun no tenia en sus fuerzas bastante confianza para ser héroe de sus propias narraciones [...]

La novela fue, por decirlo así, el resultado postrero de la civilización. El cristianismo alteró la suerte de las mujeres, y restableció la igualdad entre ellas y los hombres, que las habían tenido en servidumbre doméstica. La pasión del amor se desarrolló con ímpetu en todas sus formas. A la noble sencillez y grandeza de las costumbres antiguas siguió una complicación de intereses, que acabó de embrollar el feudalismo (Heredia, 1832, pp. 65-70).

Y la enjundiosa saga concluye en mayo de 1832 cuando en defensa de la novela histórica romántica, hace de Walter Scott el modelo y que por su importancia se cita inextenso¹:

¹ En todas las citas textuales se conserva la ortografía del texto original (Nota del editor).

Lo pasado tiene cierto atractivo para la imaginación humana, y una especie de aureola vaga lo cerca. Las narraciones de otros tiempos tienen majestad en su movimiento, y su ingenuidad nos agrada. Los nombres históricos hieren vivamente la fantasía, y la historia se apodera a la vez de las grandes masas y de los pormenores curiosos que proporcionan los recuerdos de lo pasado. Las memorias y biografías completan lo que tiene que dejar á un lado la historia de los pueblos considerados en masa, formando una lectura llena de instrucción y agrado.

El novelista histórico abandona al historiador todo lo útil, procura apoderarse de lo que agrada en los recuerdos de la historia, y desatendiendo las lecciones de lo pasado, solo aspira á rodearse de su prestigio. Su objeto es pintar trajes, describir arneses, bosquejar fisonomías imaginarias, y prestar a héroes verdaderos ciertos movimientos, palabras y acciones cuya realidad no puede probarse. En vez de elevar la historia á sí, la abate hasta igualarla con la ficción; forzando a su musa verídica a dar testimonios engañosos. Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento más variado solo presta un atractivo frívolo, y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece.

Presentase un escritor más distinguido por su erudición que por su fuerza mental; versado profundamente en las antigüedades de su patria Escocia; prosador correcto y poeta elegante; dotado de prodigiosa memoria, y del talento de resucitar los recuerdos de lo pasado; falto por otra parte de filosofía, y que no se embaraza en someter a juicio la moralidad de los hechos ni la de los hombres. Después de haber publicado poesías brillantes, aunque en ellas no se revelaba la profundidad o el vigor del genio poético, ocurrió le redactar en forma de narración los recuerdos de antigüedades que habían sido objeto de sus estudios. Retrató las costumbres anteriores de un país que aun hoy es salvaje, y los usos, el dialecto, los paisajes, las supersticiones de esos descendientes de los antiguos Celtas, que conservan hasta su traje primitivo, asombraron por

su rareza. Todos estaban fastidiados de novelas sentimentales o licenciosas, y creyeron respirar el aire puro y elástico de las montañas, y ver elevarse los agudos picos del Ben-Lomond entre los vapores que cubrían los valles. La languidez de la civilización moderna encontró en aquellos cuadros sencillos y salvajes un contraste interesante con su propia flaqueza. Las escenas de Walter Scott convenían con sus personajes: en vano hubiera querido hacerse verosímil en otro país que en Escocia la presencia de sus Gitanas alojadas en cavernas basálticas, la rusticidad caballeresca de los campesinos, y su lenguaje siempre poético en su sencillez. Al ver el inmenso aplauso que acogió las obras del novelista escocés, podría decirse que las costumbres modernas con su lujo, frivolidad y pequeñez ambiciosa tributan homenaje involuntario a la majestad ingenua de las costumbres salvajes.

Walter Scott no sabe inventar figuras, revestidas de celestial belleza, ni comunicarles una vida sobrehumana; en una palabra, le falta la facultad de crear, que han poseído los grandes poetas. Escribió lo que le dictaban sus recuerdos, y después de haber ojeado crónicas antiguas, copió de ellas lo que le pareció curioso y capaz de excitar asombro y maravilla.

Para dar alguna consistencia a sus narraciones, inventó fechas, se apoyó ligeramente en la historia, y publicó volúmenes y volúmenes. Como su talento consiste en resucitar a nuestra vista los pormenores de lo pasado, no quiso tomarse el trabajo de formar un plan, ni dar un héroe á sus obras; casi todas se reducen a pormenores expresados con felicidad. El gusto y la exactitud de los pintores holandeses se hallan en sus cuadros, y estos solo tienen dos defectos notables, llamarse históricos, y carecer de orden, regularidad y filosofía, de modo que en vez de presentar una composición perfecta, aparecen como una mezcolanza de objetos acumulados á la ventura, aunque copiados con admirable fidelidad.

Sus novelas son de nueva especie, y se ha creído definirlas bien con llamarlas históricas; definición falsa, como casi todas las voces nuevas con que se quiere suplir la pobreza de las lenguas. La novela es una

ficción, y toda ficción es mentira. ¿Llamaremos mentiras históricas las obras de Walter Scott? Haríaseles una injuria que no merecen, y sí nuestros elogios por más de un motivo; pero su autor no debe colocarse entre los Tácitos, Maquiavelos, Hume y Gibbon, y el último compilador de anécdotas tiene más derecho al título de historiador. Empero, pocos han usado con más habilidad y éxito los tesoros de una ciencia tan árida como la que producen los extractos de manuscritos carcomidos, y los descubrimientos de los anticuarios.

El movimiento, la gracia, la vida, que presta Walter Scott a las escenas de los tiempos pasados; la rudeza, y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren, la variedad de sus retratos singulares, que en su extrañeza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvaje, la rareza del conjunto y la exactitud minuciosa de los pormenores, han hecho populares las novelas que nos ocupan. Produjeron emociones universales, a cuyo favor se han ocultado sus defectos. Estas obras al transportar la imaginación lejos de la sociedad civilizada, tal cual hoy la conocemos, dieron el último golpe a la novela que Richardson había concebido. Los cuadros de las costumbres civilizadas parecen faltos de color y de vida junto a los de los montañeses y las sibilas que resucita el narrador escoces, y ya no interesan las pinturas del amor en sus extravíos, caprichos, escrúpulos y vacilaciones. Así un hombre cuyos sentidos ha embotado el abuso de los licores fuertes, desprecia lo que antes apetecía, y rechaza con desdén el líquido puro y saludable que para satisfacer su sed le brinda la naturaleza (Heredia, 1832, pp. 129-135).

Esta larga narración permite comprobar el peso del conocimiento histórico en Heredia, su capacidad para la crítica historiográfica, y en la misma puede observarse su sólido análisis sobre la novela histórica del romanticismo. En esa transformación vital del romanticismo del cubano tuvo mucho que ver su primera estancia en México de 1818 a 1821. Sin duda, “En el Teocalli de Cholula” marca un antes y un después en la carrera artística de Heredia, pues abre esa una



nueva etapa en su obra intelectual, en la que también se desarrollaría, bajo la misma impronta, su quehacer como historiador, como ya se advirtió en el anterior fragmento citado y se presiente en los siguientes versos:

Cuánto es bella la tierra que habitaban los
¡Aztecas valientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
cubren á par do las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
á la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso,
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccíhuatl purísimo, Orizaba
y Popocatépetl; sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos, do ledó
los mira el indio en púrpura ligera
y oro teñirse, reflejando el brillo
del solen occidente, que sereno
en yelo eterno perenal verdura,
a torrentes vertió su luz dorada,

y vio á naturaleza conmovida

con su dulce color hervir en vida (Heredia, 1832, pp. 37-38).²⁶

Este poema se refiere a la terrible masacre cometida por los conquistadores españoles contra un poblado aliado de Tenochtitlán, y enemigo de Tlaxcala, con el apoyo de estos. En sus Cartas de Relación (1521), Hernán Cortés trató de justificar esta monstruosidad con el argumento de la falta de suministros a su ejército y para prevenir en Cholula una emboscada preparada por los mexicas.

En otro poema cuenta Heredia:

Hallábame sentado en la famosa

Cholulteca pirámide. Tendido

El llano inmenso que ante mi yacía,

Los ojos a espaciarse convidaba.

¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría

Que en estos bellos campos reina alzada

La bárbara opresión, y que esta tierra

Brota mieses tan ricas, abonada

Con sangre de hombres, en que fue inundada

Por la superstición y por la guerra...? (Heredia, 1832, pp. 38-39).

En una de sus partes condena sin tapujos la conquista de América y expresa su empatía con los pueblos originarios del continente:

Circundando por nube un hemisferio

Ocultábase al otro: más osado

Forzó Colón el borrascoso imperio

Del Océano feroz...

¡Hombres feroces! La severa historia
En páginas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el templo del sol, y el trono altivo
De Acamapich... Las infelices sombras
De los reyes aztecas olvidados...

¿Dó fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó? – La hiere
Del vencedor el hierro furibundo,
Tiembla, gime, perece,
Y como niebla al sol desaparece [...] (Heredia, 1832, pp. 126-127)

Otro ejemplo de la misma composición:

Nieve eternal corona las cabezas
Del Iztaccíhuatl purísimo, Orizaba
Y Popocatépetl, sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledó
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo

Del sol en Occidente, que sereno

En yelo eterno y perennal verdura

A torrentes vertió su luz dorada,

Y vio a Naturaleza conmovida

Con su dulce calor hervir en vida (Heredia, 1832, pp. 37-38).

No cabe duda de que Heredia estaba muy influenciado por autores ilustrados hispanoamericanos de fines del siglo XVIII, como el veracruzano Francisco Xavier Clavijero, cuya *Historia Antigua de México* aparece registrada en el inventario de su biblioteca. Como estos historiadores criollos, el cubano encontró las raíces de su propia identidad en la época prehispánica, como también hicieron la mayor parte de los próceres de la independencia de España, tal como con acierto comentara Enrique Florescano (2002):

De ese río, que nace delgado en el siglo XVI con las primeras generaciones de gente criolla y se desborda en el XVIII, se distinguen tres avenidas: el establecimiento de lazos de identidad con la tierra que se habita, el rescate del antiguo pasado indígena para asentar en él la legitimidad de la patria que empieza a construirse y la creación de símbolos que encarnan los valores patrios.

Como bien anota el reconocido historiador mexicano, la obra poética de Heredia ya desde esta época temprana aparece impregnada de rasgos que de algún modo expresan su rechazo al colonialismo español, al que contrapuso una visión idealizada de la relegada antigüedad indígena, contribuyendo a sostener, casi en forma natural, el imaginario compartido de los patriotas de la independencia. Como otras figuras de su generación, Heredia fue tomando conciencia de la existencia de un pasado histórico propio, expresión de su acelerada ruptura con la identidad española, desbordada por su naciente conciencia nacional hispanoamericana a la que se refiriera su amigo guayaquileño Vicente Rocafuerte (1947), a quien conociera en Cuba en sus trajines masónicos y en la

conspiración de los Soles y Rayos, que comentara: “[...] era esa época tan feliz cuando considerábamos a toda Hispanoamérica como nuestra patria nacimiento” (p. 29).

La muerte de su progenitor en el Virreinato de Nueva España, como ya se explicó en el capítulo anterior, lo llevó de nuevo a su tierra natal, abandonando el Virreinato de Nueva España en el mismo momento en que se producía su separación de la metrópoli. En Cuba se graduó de abogado y comenzó a ejercer su profesión, a la vez que colaboraba en varios periódicos locales, entre ellos *El Revisor*, y dirigió el semanario *La Biblioteca de las Damas*, cuando ya que daba rienda suelta a su creación poética cada vez más inclinada al ideario independentista. En esas condiciones, de la inquietud literaria pasaría a la acción, y en 1823 se involucró en la conspiración independentista denominada *Soles y Rayos de Bolívar*.

En ese caldeado ambiente se produjo la radicalización de Heredia, como el de muchos otros contemporáneos suyos, entre ellos el padre Félix Varela, que de la defensa del constitucionalismo español pasaron a abrazar el independentismo. La mejor ilustración de esta evolución lo encontramos en la propia producción lírica del poeta santiaguero, que todavía el 16 de agosto de 1820 había escribía en su oda a España libre “Gloria Fernando, a vos que generoso”, y que ya al año siguiente dejaba constancia de su admiración por los luchadores independentistas contra el dominio turco en *A los griegos*, para finalmente, obligado a exiliarse de Cuba por sus actividades conspirativas, tras el restablecimiento del absolutismo, cerrar su oda *A la muerte de Riego* con esta estrofa: “Ignominia perenne a tu nombre / Degradada y estúpida España [...] ! (Guerra y Sánchez, 1971, pp. 272-273).

En el mismo sentido puede interpretarse su “Oda a los habitantes del Anáhuac”, en contra de la tiranía del emperador Iturbide en México, considerado su primer canto explícito en favor de la independencia y la libertad hispanoamericana. Poco después escribió “Estrella de Cuba”, donde abiertamente clamó por la independencia de su patria en versos donde dijo “Y la estrella de Cuba eclipsada / Para un siglo de horror queda ya” (Citado en Faivre d’Arcier, p. 28).

Detectada su participación por las autoridades coloniales cubana en la conspiración independentista “Soles y Rayos de Bolívar” en 1823, tuvo que marcharse precipitadamente a los Estados Unidos, iniciando así un destierro definitivo. En territorio norteamericano, a donde llegó en diciembre de 1823, no solo realizó la primera edición de sus versos en 1825 (New York), sino también dio a conocer al año siguiente en Filadelfia su novela histórica Jiconténcal o Xicontencatl como también se ha escrito, otra expresión de su reivindicación del perdido mundo de los pueblos originarios.

Desde Estados Unidos escribió a su madre, que le ha enviado el manuscrito de las Memorias de las Revoluciones en Venezuela elaborado por su difunto padre para que lo publique, aunque Heredia no lo consideró posible. En respuesta, desde la perspectiva del historiador, le explicó que su progenitor falleció viendo solo “[...] la parte oscura y sangrienta del cuadro [...]”, pero ahora:

Las circunstancias han variado de seis meses acá. La lucha de la independencia ha concluido y lo que antes parecía sólo una guerra interminable de desolación, se ha convertido en una revolución que muda la faz del mundo.

Bolívar que a los ojos de mi padre no pudo parecer sino un faccioso obstinado, es hoy el Dios tutelar de América. El Perú, Santa Fe, Quito y Venezuela, una octava parte del mundo, le deben su existencia, ceden gustosos al ascendiente de su genio, y le miran como un ente posible entre el hombre y la divinidad. Su nombre se pronuncia con respeto en toda Europa, y es el más bello que presenta la historia de su siglo. (Heredia, citado en Faivre d’Arcier, 2012, pp. 33-34)

Otra muestra lírica de su compromiso por la independencia de Cuba se produjo durante su travesía en 1825 de Estados Unidos a México en la goleta Le Chasseur. En forma imprevista, debido a un mal tiempo, la embarcación se acercó a la Mayor de las Antillas y Heredia emocionado al contemplar su paisaje compuso, entre otros poemas, su famoso “Himno al desterrado”, al que pertenecen estas apasionadas estrofas:

¡Cuba! Al fin te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores les sirvan,
del tirano es inútil la saña
que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar (Heredia, 1825, p. 159).

En su obra poética hay muchas otras huellas de ese proceso de concientización independentista como en estos otros versos de un poema dedicado a George Washington, a quien admiró como modelo de libertador y político de principios, que de paso constituyen una muestra de su interés y del conocimiento que tenía de la historia de Estados Unidos:

Libertador, legislador y justo,
Washington inmortal, oye benigno
El débil canto, tu gloria indigno
Con que voy a ensalzar tu nombre augusto...

Ríndase Boston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para estripar el nombre americano [...]

Así del pueblo eterno los caudillos

Al vencedor Aníbal contemplaron

Con inmutable frente,

Y la invasión rugiente

A la Púnica playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,

Del Delaware el vacilante hielo

Ofreció a tu valor y patrio celo

El camino del triunfo y de la gloria.

La soberbia británica humillada

Es por último en York, y su caudillo

Rinde a tus pies la poderosa espada [...] (Heredia, 1832, pp. 77-78).

La Historia en sus artículos y discursos

A esta misma figura norteamericana Heredia también dedicó un artículo en *Miscelánea*, el periódico auto titulado “crítico y literario”, que sacó en tierra mexicana desde 1829, en una especie de vidas paralelas con Napoleón Bonaparte, en la que claramente toma partido por Washington. En su prosa impregnada de romanticismo sentenció:

Las acciones de Washington tienen algo de silenciosas: obra con lentitud; diríase que se reconoce el mandatario de la libertad futura, y teme comprometerla. Este héroe de nueva especie no solo tiene el encargo de sus destinos, sino también de los de su patria, y no arriesga lo que no le pertenece. Pero ¡que luz va a brotar de esa oscuridad profunda! Buscad hoy los bosques desconocidos en que brilló la espada de Washington, y

¿que halláis? ¿Sepulcros? No: ¡un Mundo! Washington dejó a los Estados –Unidos por trofeo en su campo de batalla.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república: hijos ambos de la libertad, el primero la fue fiel, y el segundo traidor.

Su suerte será diferente en la posteridad, según su elección respectiva.

El nombre de Washington se entenderá con la libertad de siglo en siglo, y señalará al género humano el principio de una nueva era (Heredia, 1829, pp. 8-12).

Además de este trabajo histórico, Heredia dio a conocer un extenso artículo elogioso del patriota venezolano Francisco de Miranda en el periódico El Iris, considerado por la historiografía el Precursor de la independencia hispanoamericana. Aquí relató con muchos detalles los pormenores de su vida, demostrando su profundo dominio de las actividades revolucionarias y el ideario mirandino. Ejemplo de ello es su alusión al “continente colombiano” como llamó Miranda a Hispanoamérica o al catalogarlo de dictador, en clara referencia al título conferido al Precursor por el congreso de Caracas antes de su disolución. A continuación, reproducimos su relato de los momentos postreros de la I República venezolana en 1812:

Empezaron las negociaciones con Monteverde, que en 19 de julio prometió una amnistía absoluta. Fiados en ellas los patriotas depusieron las armas, más se vieron cruelmente engañados por aquel monstruo. El dictador, después de expedir todas las ordenes necesarias para el cumplimiento de los tratados, pasó a la Guaira en la mañana del 26 de julio para embarcarse, pero allí le arrestaron sus amigos más favorecido y le entregaron al jefe español. Se le formó causa y parece que se pensaba en hacerle morir en un cadalso, pues no se le envió a España como a los demás, si no se le tuvo en las bóvedas del castillo de Puerto Cabello hasta que derrotado Monteverde en Maturín, le enviaron al Morro de Puerto Rico, y de allí a Cádiz al cabo de año y medio. Murió en el castillo de las cuatro torres, ejemplo memorable de la fe púnica del

gobierno español, y de lo que tienen que esperar de él los americanos que hayan sacudido una vez su yugo execrable. La Inglaterra, a quien tanto sirvió Miranda, no dio el menor paso de su favor. Así terminó su azarosa carrera y sus infortunios el promotor más ardiente de la independencia del continente colombiano. Sus talentos y patriotismo no pudieron triunfar de la superstición de sus compatriotas, y sin duda no le excedía ninguno de los que en épocas posteriores acabaron la independencia de Colombia cuando sus pueblos hostigados por la pérvida y ferocidad española se vieron en la alternativa tremenda y saludable de elegir entre la muerte dudosa del campo de batalla, ó la segura del patíbulo (Heredia, 1826, pp. 62-63).

En la misma sección “biografía contemporánea americana” de El Iris, Heredia dio más muestras de su vocación de historiador al insertar en el número tres una síntesis de su autoría sobre la vida del inventor norteamericano Roberto Fulton. A estos artículos de temática histórica deben sumarse otros trabajos que salieron en Miscelánea, entre ellos “Revisión de obras (vida de Colón)” sobre el libro Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón de Washington Irving, editado en París en 1828 en cuatro tomos. Heredia celebró esta obra por estar basada:

[...] sobre documentos no vulgares y auténticos, multiplica sus títulos a nuestro aprecio en la imparcialidad de su crítica, la solidez filosófica de sus reflexiones, la sostenida elegancia de su estilo, y la viveza de sus bellas descripciones, en que el lenguaje se desliza tal vez hacia la región más brillante de la poesía (Heredia, 1829, p. 65).

En la reseña de este reciente libro, Heredia consideró los viajes de Colón entre los acontecimientos que:

[...] han influido más poderosamente en los progresos de la civilización y suerte futura del género humano [...].”, dando paso, en su criterio a la “[...] revelación de un mundo en el estado de naturaleza, sin las venenosas raíces del feudalismo [...], exculpando al marino genovés de toda consecuencia dañina para los pueblos originarios, pues [...] tenía la desgracia de mandar, para quienes toda ley era tiranía, todo orden

opresión. Interrumpieron todos los trabajos útiles con sus sediciones, provocaron a los indios pacíficos á hostilidades, y después de haber atraído la guerra, y acumulado sus males sobre sus cabezas, después de abrumar a Colón bajo las ruinas del edificio que erigía [...] (Heredia, 1829, p. 63).

En este mismo periódico *Miscelánea*, Heredia también dio a conocer otros textos en prosa similares a los anteriores, entre ellos: “Santa Elena, extracto de un viajero inglés”, “Antigüedades”, para reseñar las excavaciones en Herculano y Pompeya, sobre el historiador romano Cornelio Tácito y acerca de la muerte de Juan Jacobo Rousseau, autor al que en 1830 dedica otro extenso trabajo biográfico sobre su carácter y escritos. Para Heredia, al famoso enciclopedista francés:

Un partido le proclama superior a todo elogio, y otro inferior a todo menosprecio. Algunos hallan en sus pensamientos la perfección de la naturaleza, y otros la mayor plausibilidad del arte.

Empero todos convienen en que justa o injustamente ha ejercido en su siglo un influjo despótico, ha enseñado a sentir a los más indiferentes, a pensar a los más superficiales, y a amar y pretender la libertad a los más abyectos. Voltaire diseminó sus doctrinas y rompió las barreras morales y religiosas con su penetrante ironía, pero Rousseau sostuvo sus opiniones con la sensibilidad más seductora. Llega al juicio por medio del corazón, o como él mismo dice en el errado carácter de Eduardo, “el camino de las pasiones le condujo a la filosofía.” En este ensayo queremos explicar el origen de sus opiniones, indicar sus progresos, y probar que sin embargo de su aparente belleza moral, conducen y deben conducir del sofisma a la duda, de la duda a la desesperación, y de esta a una desolación profunda, irremediable (Heredia, 1830, pp.33-34).

Mención especial merece por su trascendencia política e histórica el que publicó en *El Iris*, el 29 de abril de 1826, con el título de Mensaje del presidente Adams a la cámara de representantes de los Estados Unidos del Norte sobre el Congreso de Panamá, que según su criterio “[...] ilustra la política de los Estados

Unidos respecto de las nuevas repúblicas” (Heredia, citado en Linati, 1826, p. 129).

En este significativo trabajo, Heredia se refiere a la postura asumida por el gobierno de los Estados Unidos, presidido entonces por John Quincy Adams, en un mensaje oficial para oponerse a los planes para la independencia de Cuba con la ayuda de las nuevas repúblicas hispanoamericanas presentados por Simón Bolívar en el Congreso Anfictiónico. Además, menciona el argumento en contra de la separación cubana de España del mandatario estadounidense, que basaba en:

[...] las conclusiones a que las expondría esta invasión por su población heterogénea y el riesgo de que por ellas caigan en manos de otra potencia europea, diferente España, no permite que se miren con indiferencia las consecuencias del congreso de Panamá. Que todos los esfuerzos de los Estados Unidos deben reducirse a mantener el estado de cosas existentes; la tranquilidad de las islas, y la paz y seguridad se sus habitantes (Linati, 1829, p. 130).

En la fundamentada crítica herediana a la temprana postura injerencista estadounidense en el destino de Cuba, el Cantor del Niágara formuló el siguiente comentario y una serie de lúcidas preguntas:

Esta parte del mensaje es sin duda la más interesante, porque es la más trascendental. En ella vemos repetida la opinión funesta de que Cuba no puede ser libre porque tienen esclavos, sin recordar que los Estados Unidos hay más de un millón de ellos, y que, en Venezuela, a proporción, existían muchos más. Hubiéramos querido que se explicase más el presidente, o que se hubiese publicado la correspondencia misteriosa que alude, para saber hasta donde se habían de extender sus esfuerzos pacíficos, y si serán compatibles con la profesada neutralidad en la guerra de España y América. ¿Ignora Adams que ninguna potencia europea podrá apoderarse de Cuba sin que se envuelva en sangre y fuego la mitad del mundo civilizado? ¿No sabe que Cuba, una vez despertada del letargo colonial, pesa mucho en la balanza política para que agregándose a

cualquier potencia no trastorne el equilibrio y turbe la armonía del mundo? ¿Y no sabe que Cuba en manos de España es el punto de apoyo en que han de afianzar los reyes de Europa su palanca liberticida? ¿Cómo se desentiende de un peligro inminente por huir de uno quimérico o lejano cuando más?” (Linati, 1826, pp. 130-131).

En este visionario y sugerente texto, Heredia llegó a decir: “Hijo de John Adams: ¡la causa de América estará comprometida, mientras Cuba no sea libre, a pesar de tu política temerosa!” (Linati, 1836, p.131). Quizás eso puede explicarnos las razones por las que José Martí, precisamente en su discurso ya mencionado en homenaje al propio José María Heredia, pronunciado en Hardman Hall en New York, el 30 de noviembre de 1889, afirmara impresionado por sus argumentos:

Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido: “¡Vaya, decía, la América libre a rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!” Piafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota al seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida y le habló así: “¡Yo soy libre, tú eres libre, pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!” Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir (Martí, 1953, p. 773).

La designación de Heredia como el orador principal en las festividades de la independencia de México constituye otra expresión no solo de su prestigio y reconocimiento en la tierra que le dio abrigo, sino también de sus conocimientos de la Historia. Sus discursos se reprodujeron en distintas partes del país, pues en ellos el intelectual cubano no se limitó a recordar en forma elogiosa los hechos

históricos, sino también aprovechó para aludir a la actual situación mexicana, afectada por las luchas de facciones y la inestabilidad política.

En todas esas piezas oratorias hay significativas referencias a la Historia de México, en particular los pronunciados en cuatro ocasiones (1828, 1831, 1834 y 1836) en las conmemoraciones del Grito de Dolores del 16 de septiembre. Solo la primera no se efectuó en esa ciudad, sino en la Plaza Mayor de Cuernavaca en 1828, donde trazó el contraste entre el sueño y la realidad cuando expresó:

Nuestra misión es augusta y sublime. El mundo fija en América libre los ojos ansiosos de esperanza y debemos a la libertad del género humano la voz elocuente de nuestro ejemplo. Pero si en vez de paz, seguridad y abundancia, le presentamos facciones, guerra civil, terror y miseria; seremos la irrisión de los déspotas y mereceremos las maldiciones de la tierra en que nuestra insensatez afirmará para siempre la tiranía (Heredia, 1828, p. 49).

Heredia estaba consciente del significado de la emancipación hispanoamericana para el resto del mundo y las dañinas consecuencias de que se defraudara la fe de los pueblos en sus luchas por la libertad. El discurso de Heredia en la Plaza Mayor de Toluca, el 16 de septiembre de 1831 fue elogiado por Lorenzo de Zavala, quien lo situó entre los “[...] hombres ilustres que levantaban su voz contra los excesos y el despotismo” en la época del gobierno autoritario del presidente Bustamante, aun “[...] a riesgo de correr una suerte desgraciada” (Zavala, 1958, p. 259). En esta ocasión Heredia mencionó los desmanes de la conquista española y exaltó a los insurgentes que dieron su vida a cambio de la libertad, como Iturbide, Hidalgo, Allende, Abasolo, Belleza, Aldama, Bravo, Galeana, Matamoros, Morelos y otros muchos héroes enfrentados al colonialismo. Una importante invocación cerraba este previsor discurso en la Plaza Mayor del Estado de México:

Y tú, Popocatepetl, gigante de la Naturaleza, que en majestad silenciosa ves nuestro júbilo cívico y viste los triunfos sangrientos de Cortés, la pompa de los reyes aztecas y la inocencia de las tribus primitivas: ¡Volcán, escuchad el voto que parte de mis labios al tono de la Omnipotencia! ¡Que

la independencia y la libertad obra de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, se conserven puras como la nieve que te corona, por tanto, tiempo al menos como haya de existir tu mole eterna! (Heredia, 1831, p. 244).

Como Ministro de la Audiencia del Estado de México y vocal de la Junta Patriótica Nacional pronunció un discurso el 27 de septiembre de 1834 en la Plaza Mayor de Toluca (Céspedes 2005). En esta disertación las palabras del poeta cubano también enaltecen a los protagonistas de la independencia, en especial a Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide, se valió de analogías de la sociedad mexicana con la antigua Grecia y Roma, e invocó también al joven Bravo, Victoria, Terán, Muzquiz y otras personalidades. Además, en su discurso también exaltó el sistema político-administrativo de la naciente nación mexicana, evocando un sentido de civilización y mencionando en forma emotiva a su entonces amigo el general Antonio López de Santa Anna, que entonces ostentaba la presidencia de la república, y que despertaba esperanzas en toda la nación con un programa de transformaciones democráticas de inspiración liberal:

El guerrero que en la noche constelación de los campeones de la Independencia brilló con lustre solo inferior al grande Iturbide el que en 1822 fundó la República, en 1823 proclamó la Federación, en 1829 consolidó en Tampico la obra de Dolores e Iguala, en 1832 derribó una usurpación sanguinaria y en 1833 salvó en Guanajuato la Constitución, en 1834 ha restituido la paz, enfrentado una demagogia bárbara, y restablecido las garantías. Bajo sus auspicios y los de su amigo, el digno jefe del Estado, volvemos a celebrar el gran jubileo cívico de la Nación (Céspedes, 2014, pp. 59-67).

En el discurso pronunciado en la misma festividad cívica en la propia Toluca, el 16 de septiembre de 1836, Heredia se refirió a Ignacio Allende y a la guerra de independencia que rompió el pasado opresor, gracias al sacrificio de los padres libertarios, para edificar un nuevo sistema social, que identificara al mexicano en su esencia de hombre individual y colectivo.

Todos estos discursos de Heredia estaban impregnados del romanticismo histórico nacionalista y de profundos sentimientos patrióticos. De ello dan prueba la utilización de frases, adjetivos y términos como “llenarse de patriotismo”, “El inmortal Hidalgo”, “El indomable Guerrero” o “El heroico Allende”, que ofrendaron sus vidas como parte de la sangrienta contienda mexicana por su emancipación. Además, aludió a la humanidad, la fe en el pueblo y la piedad universal, subrayando la importancia abstracta del pueblo en la independencia de España, sin cuyo concurso no se hubiera conseguido, en coloridas frases como el “[...] pueblo renegado sube en alas reverentes de la gratitud al trono del Dios de los ejércitos” (Heredia, 1831, p. 51-58).

La fe en el pueblo se puede apreciar particularmente en los dos primeros discursos, en los que invocó el importante papel de los indígenas de México, que había estado oprimidos desde la conquista española y fueron capaces de luchar por su libertad. Como buen romántico, consideraba que sin justicia no había libertad, ni paz y sin ellas tampoco confianza ni prosperidad. En particular, el segundo discurso resaltaba como desde la conquista española el pueblo mexicano no había dejado de luchar por ser independiente y libre, y que por ello le correspondería un futuro brillante lleno de gloria y grandeza (Heredia, 1828, pp. 336-340).

En este discurso evocó también el tránsito histórico del periodo prehispánico a la colonia que permitió la formación del mestizaje, característico de la nueva nación y de sus permanentes luchas, en especial la gesta de la independencia que formuló un nuevo destino mexicano. Reiteradamente mencionó a Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, que liberaron del yugo colonial al pueblo mexicano para formular otro escenario social, frente a la maldad simbolizada por Cortes, Alvarado, Sandoval y otros conquistadores españoles.

La aceptación y valoración de su labor historiográfica entre sus contemporáneos mexicanos permitió que en 1834 fuera considerado miembro fundador de la Academia Mexicana de Historia. El 13 de octubre de ese mismo año, el gobernador del Estado de México, Licenciado Don Manuel Díez de Bonilla, expidió un decreto confiriendo a Heredia el cargo de Director del Instituto Literario

del Estado, atendiendo a su “[...] mérito, servicios y literatura” (Citado en García, 1945, p. 545), donde, como ya se dijo, entre otras cátedras se hizo cargo de la docencia de Historia, para la que utilizó su magna obra historiográfica Lecciones de Historia Universal en cuatro tomos, primer texto de esta temática escrita en idioma español y que analizaremos en otro texto. esta temática escrita en idioma español y que analizaremos en otro texto.

Conclusiones

La labor de Heredia como historiador es casi desconocida entre los investigadores y estudiosos, a pesar de sus significativas aportaciones en este campo. Esta rama del saber humano está presente en cada una de las facetas de sus múltiples actividades intelectuales, constituye punto de partida y fin de sus creaciones, pues considera la Historia imprescindible para la transformación consciente de la sociedad y la formación moral, ética y política de los individuos.

Sus vibrantes poemas escritos en el destierro, expresando el sentido amor por su tierra y el rechazo al régimen colonial, llenas de alusiones a la historia, y en particular de nuestro continente, contribuyeron a la formación del sentimiento nacional hispanoamericano, lo mismo puede decirse de sus textos periodísticos e historiográficos

Desde este punto de vista, siguiendo la clasificación de la historiografía latinoamericana elaborada por el doctor Sergio Guerra Vilaboy, hemos ubicado a Heredia como exponente de la primera generación de historiadores de las nacientes repúblicas latinoamericanas. Influida por la impronta historiográfica del romanticismo europeo -en particular la teoría del color local, adaptada para glorificar a los héroes de la independencia-, se encargó, como bien señala el historiador mexicano Enrique Florescano, formado en la escuela francesa de Anales, de elaborar historias desde una perspectiva de exaltación de los valores patrios y contribución a la formación de la conciencia nacional en las nuevas repúblicas.

La labor historiográfica herediana aspira a profundizar en los orígenes de nuestras naciones, para afianzar nuestra identidad en la búsqueda de sus propias raíces histórico- culturales. Desde este ángulo, se hace necesario continuar estudiando su obra para rescatar la influencia de la Historia en su labor educativa, literaria y su quehacer historiográfico, parte integral de sus ideas y planes de promoción cultural.

Para Heredia, la necesidad de crear algo nuevo, transformador, se lograría a través de la enseñanza de la Historia

Referencias consultadas

- Augier, A. (1993). José María Heredia: novela y realidad de América Latina. *Revista de Literatura Cubana*, XI (21), 733-746. Recuperado de: <https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/lberoamericana/article/viewFile/4781/4941>
- Augier, A. (Compilador) (2005). *Epistolario de José María Heredia*. La Habana: Letras Cubanas.
- Cancellier, A. Apuntes para una poética de la luz en José María Heredia. En *Romanticismo 7: Actas del VII Congreso* (Nápoles, 23/25 de marzo de 1999). La poesía romántica. Bolonga, Il Capetillo del Sole.
- Carilla, E. (1979). José María Heredia. En Emilio Carilla (Compilador). *Poesía de la Independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- De Zavala, L. (1985). *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Faivre d'Arcier S. (2012). *Los tres Heredia*. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.
- Florescano, E. (2002). *Historia de las Historias de la Nación Mexicana*. México: Taurus.



Fontana, J. (1982) Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Barcelona. Grijalbo.

García-Garófalo, M. (1945). *Vida y obra de José María Heredia en México, 1825-1839*. México: Ediciones Botas.

Guedea, V. (1997). Introducción. En Ortega J. A, Medina y Rosa Camelo, México (Coord.), Historia mexicana. El surgimiento de la Historiografía Nacional. México. UNAM.

Guerra, S. (2005) Cinco siglos de historiografía latinoamericana. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales.

Guerra y Sánchez, R. (1971). Manual de Historia de Cuba. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales.

Heredia, J. F. (1895). Memorias sobre las revoluciones de Venezuela. París. Librería de Garnier Hermanos.
<http://ri.uaemex.mx/bitstream/handle/20.500.11799/100124/revoluciones%20de%20Venezuela.pdf?sequence=4&isAllowed=y>

Heredia, J. M. (1820). España libre Oda. México. Imprenta de Arizpe.

Heredia y Heredia, J. M (1825). Poesías. Nueva York. Librería de Behr y Kahl/Imprenta de Gary y Bunce.

Heredia y Heredia, J. M. (1826). Biografía contemporánea americana. Francisco de Miranda. En Linati, Galli y Heredia. El iris. Periódico crítico y literario, México. (Tomo I, Núm. 7, sábado 18 de marzo). 62-63.

Heredia y Heredia, J. M. (1826). Mensaje del presidente Adams a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos del Norte sobre el Congreso de Panamá. En Linati, Galli y Heredia. El iris. Periódico crítico y literario. México (Tomo I, Núm. 13, sábado 29 de abril). 129-132.

Heredia y Heredia, J. M. (1829), Paralelo entre Washington y Bonaparte. En Miscelánea. Periódico crítico y literario. Tlalpam, (núm. 1, septiembre) 8-12.

Heredia y Heredia, J. M. (1829). Revisión de obras. En Miscelánea. Periódico crítico y literario. Tlalpan (Núm. 2, octubre) 62-72.

- Heredia y Heredia J. M. (1830) Ensayo sobre el carácter de J. J. Rousseau, su Julia y sus confesiones. *Miscelánea. Periódico crítico y literario*. Tlalpan. (núm. 6, febrero). 33-44.
- Heredia y Heredia, J. M. (1832). Ensayo sobre la novela. *Miscelánea. Periódico crítico y literario*. Toluca (Núm. 3, marzo) 65-70.
- Heredia y Heredia, J. M. (1832). Ensayo sobre la novela. Conclusión. En *Miscelánea. Periódico crítico y literario*. Toluca (Núm. 5, mayo) 129-135.
- Heredia y Heredia, J. M (1832). A Washington. En *Poesías*. Toluca. Imprenta del Estado a cargo de Juan Matute. (Tomo II) 77-80.
- Heredia y Heredia, J. M (1832). En el Teocalli de Cholula. En *Poesías*. Toluca. Imprenta del Estado a cargo de Juan Matute. (Tomo II) 37-42.
- Heredia, J.M (1940). En la abolición del comercio de negros. En Heredia y Heredia J. M. *Poesías Completas*. Homenaje de la ciudad de la Habana en el Centenario de la Muerte de Heredia (1839- 1939). La Habana. Colección Histórica Cubana y americana dirigida por Emilio Roig de Leuchesenring (tomo I).
- Heredia y Heredia, J. M. (2014). Oración pronunciada por el C. José María Heredia, juez de Primera Instancia de Cuernavaca y Vice-Presidente de su Junta Patriótica en la plaza Mayor de dicha Villa, en el último Aniversario del Grito de Independencia Nacional, Tlalpam: año de 1828. En Céspedes Argote O. (Comp. y prologo) *Política y pedagogía en el pensamiento de José María Heredia y Heredia*. México. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Heredia y Heredia, J. M. (1990). Discurso pronunciado en la Plaza Mayor de Toluca en la festividad Nacional del 16 de septiembre de 1831 por el C. José María Heredia, ministro de la Audiencia del Estado de México. En José María Heredia. *Niágara y otros textos. Poesía y prosa selecta*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Lezama Lima, J. (1966). Semblanza de José Lezama Lima sobre Heredia. <http://ri.uaemex.mx/bitstream/handle/20.500.11799/58532/Jos%C3%A9%20Lezama%20Lima.pdf?sequence=2&isAllowed=y>.
- Martí, J. (1953). *Obras Completas*. La Habana: Editorial Lex.



Ocampo Á. (2003). El romanticismo en la identidad latinoamericana. *Revista Comunicación* (núm. 1-2) 146-150.

Olvera García, J. y Céspedes Argote, O. (2014). *Política y pedagogía en el pensamiento de José María Heredia y Heredia*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
http://ri.uaemex.mx/bitstream/handle/20.500.11799/21610/Pol%c3%adtica_y_pedagog%c3%ada.pdf?sequence=3&isAllowed=y

Picard, R. (1947). *El Romanticismo Social*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rocafuerte, V. (1947). *Un americano libre*. México: Secretaría de Educación Pública.

Vázquez, J. Z. (1960). La historiografía romántica en México. En *Historia Mexicana*. México. (vol. 10, núm. 1).

Datos de la Autora:

Dra. en Ciencias Históricas. Onoria Céspedes Argote, Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México

E mail: onoces@gmail.com